

Y al tercer día, muchos cogieron el paraguas del abuelo. Ese trasto grande, con puño de madera que, casi siempre, había sido demasiado aparatoso para la vida apresurada, pero que fue la única solución a esa lluvia cansina que empezó el domingo como tormenta o llovizna, dependiendo del barrio, y que se convirtió en gota fría y viento. Por fin, ayer es campó.

Y, de hecho, al tercer día los pakistaníes, indios y bangladesíes –el comercio del paraguas ambulante es asiático– supieron que ya no había clientes porque se fueron de las paradas del metro (en algunas, el paraguas servía para protegerse de las goteras) y regresaron a las esquinas con la lata, que no tiene estaciones. Dicen que marzo es ventoso y abril, lluvioso. El dicho, por los caminos del cambio climático, ya es frase de libro de texto.

En solo tres días, Barcelona se fue llenando de cadáveres de paraguas, de armazones sin vestido, de varillas haciendo estriptís. Objetos de los que ni siquiera había habido tiempo de retener el color, la textura del mango o un detalle porque se produjeron para ser efímeros. Fue-

**APIE
DE CALLE**



CATALINA
Gayà

Paraguas a tres euros y de un único uso



► Un paraguas roto en una papelera de la Barceloneta, el miércoles.

► Elitsa se luce con los cócteles.

ron comprados y ya rotos los tiraron en un arcén o los abandonaron, o los olvidaron, sobre un asiento de metro o en una papelera o en medio de la calle.

El martes diseccionaba un paraguas multicolor que un anónimo (el multicolor ya no ayuda a la identificación) tiró en la boca de metro de la plaza de Catalunya. Lo hicieron en China, donde todo se hace a lo grande y en gran número. Llegó a Catalunya, alguien lo compró a otro alguien, este último eternamente sin nombre, y la transacción fue de uno a cinco euros –según la intensidad de la lluvia y las ganas de regatear– y el objeto murió después de un uso.

Mango de madera

► El cadáver de ese paraguas acabó, seguro, en algún camión de los servicios de limpieza. Luego, quién sabe de qué servirán las varillas, qué pasará con el plástico del puño ni con la tela impermeable. Aún no sé si un paraguas es reciclable. El miércoles, a las ocho de la tarde, la lluvia había cesado. En la calle de Elisabets, muchos transeúntes portaban un paraguas clásico. Le daban un lugar entre los objetos que los definían, los ba-

lanceaban, se apoyaban en ellos. Precedían a sus dueños. Un chico con un paraguas grande, negro, majestuoso, mango de madera blanquecina, decía, que el objeto es de su padre. Que en tres días de lluvia –y en Barcelona eso ya es un diluvio– había roto dos paraguas, es decir, había tirado seis euros. «De los del metro», describía, y así lo explicaba todo.

Los paraguas rotos quedaron tirados en aceras, papeleras y arcenes

Una chica contaba que hace años decidió que no compraba paraguas de ningún tipo. Le robaron una «preciosidad de paraguas» en una librería, el primer día que salía con él a la calle. Los paraguas de las bocas de metro no se roban. Se pierden o se estropean y son el bodegón de lo efímero. Desde entonces, decía ella, se los encuentra. ¿El que llevaba? Lo recogió en la calle. Es un paraguas de niña. No le importaba. ≡